

Leopold
von
Sacher-Masoch
*Escritos
autobiográficos*

MALDOROR




Leopold von Sacher–Masoch

**ESCRITOS
AUTOBIOGRÁFICOS**

Traducción:

Jorge SEGOVIA y Violetta BECK

MALDOROR ediciones



La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición en lengua francesa:
Écrits autobiographiques

Primera edición: 2005
© Maldoror ediciones
© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

Depósito legal: VG-843-2005
ISBN: 84-933639-8-7

MALDOROR ediciones, 2005
maldoror_ediciones@hotmail.com



*ESCRITOS
AUTOBIOGRÁFICOS*





I

RECUERDOS



HULDA VON SACHER-MASOCH: RECUERDOS DE SACHER MASOCH

¡“Recuerdos”! Qué poco tiempo me ha sido concedido para vivir con él, en su proximidad, una vida tan rica de aventuras. Murió a los sesenta años, y, de esos sesenta años, sólo he podido pasar trece a su lado. Sacher Masoch me decía con frecuencia: “Sólo lamento una cosa, y es no haberte encontrado antes. Todo hubiera sido muy diferente”. Un día que estábamos sentados aquí, en esta alameda, en la beatífica tranquilidad del campo, lejos del bullicio de la ciudad, sin que nos alcanzara ningún ruido turbador, donde sólo se dejaba oír el susurro de los viejos árboles del parque en torno a nosotros y sobre la antigua Torre de las brujas casi en ruinas, ese día, entonces, fue cuando comenzó a hablarme de su pasado, y, poco después, de su infancia; me contó como tras siete largos años de espera, había sido el primer hijo de su padre, comandante de la ciudad de Lemberg, el caballero Leopold von Sacher. Había nacido el 27 de enero de 1836. Una pequeña acuarela lo muestra a la edad de tres años como un niño muy rubio, sin rasgos particulares, pero cuando nos encontrábamos en París en 1887, un francés que había vivido bastante tiempo en la Habana me dijo: “¿El señor es español?” El tipo moreno se había marcado y hecho más patente cuando alcanzó la treintena. Su antepasado, Don Mathias Sacher, había llegado en 1547 con el emperador Carlos V como comandante de un regimiento de caballería, se había casado en Bohemia y la ascendencia española o, más bien, como me explicó un profesor alemán, una ascendencia árabe, se impuso claramente. El abuelo Sacher había pasado de Bohemia a Galitzia en calidad de funciona-

rio imperial y fue aquí donde se hizo gobernador del dominio de Kalusz, director de las salinas de Wieliczka, consejero y gobernador de la ciudad; llevó a cabo importantes operaciones financieras, fue condecorado con la orden de Leopold y gozó de gran consideración. El padre era un hombre de una gran fuerza intelectual que siempre manifestó el más vivo interés por la Belleza, las ciencias naturales, la literatura, las lenguas –algunos años antes de su muerte, a la edad de setenta y nueve años, comenzó a estudiar el inglés– y sabía muy bien cómo inducir a concentrarse en sí mismos a todos aquellos que tenían algún don intelectual o artístico. El abuelo por el lado materno, Franz Masoch, no sólo era médico, también era profesor de universidad, había sido tres veces *Rector Magnificus* de la universidad de Lemberg y reformó profundamente el sistema sanitario. Se comprende fácilmente que el pequeño hijo comenzase su vida con ciertos talentos.

A todas esas ventajas personales, hay que añadir una época de gran agitación; los disturbios en Polonia, las aspiraciones de los rutenos que intentaban liberarse de la tutela polaca, finalmente la violenta sublevación de 1846, todo eso, seguramente, fue propicio para excitar y encender la imaginación ya viva del niño. Cuando la familia –cuatro niños habían nacido entre tanto– partió a instalarse en Praga donde Leopold von Sacher había sido nombrado, una vez más, a la cabeza de una policía municipal, fueron de nuevo confrontados al movimiento revolucionario y puesto que, bien entendido, las numerosas noticias pasaban por la dirección de la policía, podemos imaginar la extraordinaria fuerza de esos acontecimientos sobre el niño y la influencia que ejercieron en él. Asistió en todas partes a las luchas de liberación y no es de extrañar que se hiciese un adolescente, y, después, un hombre de pensamiento profundo y que se situara cada vez,

en tanto que tal, del lado de los oprimidos, de los rutenos y los judíos, de los pueblos más miserables y sojuzgados, tan numerosos y de orígenes tan diversos que habitaban los ricos Cárpatos.

Superó su bachillerato a los dieciséis años y, como el consejero oficial quería que él estudiase derecho con el fin de que se consagrara después a la diplomacia, Leopold se rebeló contra las ataduras que resultaban de una tal carrera y escogió hacer estudios de filosofía. Después de una violenta discusión, Sacher Masoch se alejó de su padre, le pidió a uno de sus antiguos profesores que le encontrase un trabajo como docente, por modesto que fuese, y decidió llevar una vida independiente. Cuando su padre constató su voluntad, cedió, y Sacher hizo estudios de historia y filosofía.

Una primera pérdida le golpeó en aquel momento. Su única hermana murió a los catorce años un poco después. Las húmedas paredes de la dirección de policía habían perjudicado gravemente a todos los niños, pues todos padecieron el mismo mal insidioso. El mismo Sacher sufrió una amigdalitis y perdió su hermoso timbre de voz, lo que le impidió subir al escenario, como le aconsejaba Friedrich Haase que iba con frecuencia a leer obras a la casa familiar. Ese mal pulmonar nada desdeñable sólo pudo ser tratado con estancias repetidas en Merania e Italia.

Entretanto, el alto funcionario que era su padre se había jubilado en Graz y si su vida social debió naturalmente cesar, supo reunir sin embargo en torno a él a un círculo de personas que ofrecían un gran interés intelectual, círculo en el que sus hijos mayores tomaron una parte extremadamente activa. Cuando Sacher Masoch cumplió sus veinte años —el 27 de enero de 1856—, ya había superado unos días antes su doctorado y comenzaba una carrera como profesor adjunto. Esa carrera no duró sin embargo mucho tiempo,

toda vez que sus males de garganta le impedían hablar largo rato, pero otra carrera seductora le abría sus puertas. Ocurrió, creo, en el salón de la baronesa Gudenus, cuando relató con tanta vivacidad el viaje que acababa de hacer a Galitzia, que la baronesa exclamó: “¡Usted debería escribir todo eso y publicarlo!” Aquella incitación pronto dio sus frutos. Mientras que hasta aquel momento Sacher Masoch no había publicado más que algunos trabajos históricos en razón de sus investigaciones en archivos, comenzó a tener una actividad literaria, y aunque su primer trabajo –*Graf Donski*–, lo escribió en un alemán increíble, casi imposible, estaba impregnado de una imaginación ardiente y una pasión cautivadora. Trabajaba y pulía su estilo sin desmayo hasta el punto de que yo misma, que había estudiado idiomas a fondo y que en algún modo soy políglota, consideraba como dignos del más grande estilista alemán –al lado de Heine– los trabajos que escribió durante nuestra colaboración con los periódicos franceses –*La Revue des Deux Mondes*–, que yo traducía. Sus obras estaban marcadas por la claridad, la penetración, la simplicidad y la sensualidad. La construcción de sus frases es de una fuerza profunda, algo que hoy nadie consigue. No hay largos periodos, ni frases yuxtapuestas, comprenden muy pocos términos extranjeros, las palabras fluyen como el susurro de las olas, regulares, con una armonía suave y cautivadora, no hay párrafos incompletos, ni guiones, ni esos signos de exclamación que cortan y desgarran el estilo, tal como los vemos empleados con frecuencia en la actualidad. Uno de mis amigos, pedagogo, director de un periódico escolar liberal, me pidió un día hacia las 9 horas un libro de mi marido. Le ofrecí *Ilau*. Al día siguiente por la mañana, entre las 10 y 11 horas, me envió a un alumno con una carta de cuatro folios, un panegírico. Había leído durante toda la noche y escribía: “Hay en

la obra muchas escenas que me gustaría incluir en los manuales de literatura alemana. ¿Qué páginas podrían compararse?”

La aparición de sus trabajos se encadenaron entonces muy rápidamente. Su obra principal, *El legado de Caín –Das Vermächtnis Kains–*, lamentablemente ha permanecido fragmentaria. Muchas cosas sólo fueron escritas para ganar el pan cotidiano, algo a lo que mi marido le daba mucha importancia, pues el alto funcionario que era su padre, a pesar de sus buenos ingresos, no solamente no dejó nada a sus hijos, sino que se administraba mal y tuvo que luchar contra las deudas durante el tiempo que pasó en Graz. Quisiera decir aquí oficialmente algo que nunca dije en privado. ¿Cómo es posible que no se quiera hacer una nueva tirada de *El legado de Caín* cuando la edición está agotada? ¿Por qué otras obras de Sacher Masoch, calificadas de monumentales, no se reeditan? ¿Teniendo en cuenta, además, que ningún autor vende tanto como él (desgraciadamente la familia no saca ningún provecho de eso), de lo que dan testimonio sus escritos breves *Liebesgeschichten –Historias de amor–*, *Russische Hofheschichten –Historias de la corte de Rusia–*, *Wiener Hofheschichten –Historias de la corte de Viena?* La mayoría de los lectores no conoce *El legado de Caín* y su extraordinaria intención moral, se basan en una pequeña parte del todo y construyen una doctrina que no debe y no puede servir como ejemplo pavoroso, una doctrina inmoral. ¿Quién es responsable? ¿El autor o el público? ¿Aquél que elige su lectura o aquél que no puede vivir solamente de la gloria y no puede alimentar a su familia?

A esos trabajos, más o menos importantes, se suman obras dramáticas que lo pusieron en contacto con muchas personas, y también con el teatro. Fue en ese momento cuando comenzó la época que debía serle perjudicial y que no podía

más que serlo. En el fondo, mi marido era de naturaleza delicada, reservada y tímida. Era sencillo, natural, poco sensible al halago social, dulce, indulgente en su modo de expresión y en sus juicios, modesto en sus necesidades y en sus ambiciones, tranquilo y mesurado en cualquier cosa. ¿Qué ha hecho entonces el mundo de él? El ser más reprochable que se pueda imaginar, si creemos los juicios públicos que se han vertido sobre su persona. Yo, que he vivido trece años con mi marido y que sólo en raras ocasiones me separé de él, no llegué a conocerlo y sólo lo juzgo desde el punto de vista que he dicho. Si no hubiese vivido en Graz donde tantas personas ociosas estaban ávidas de sensaciones, muchas cosas hubieran sido diferentes. Según las numerosas cartas que pude encontrar, ¿cuántas mujeres –las de Graz sólo representan una mínima parte– no se apresuraron hacia él para rodearlo de adulaciones y halagos, cuántos hombres no lo abordaron con súplicas y falsos elogios? Eran manifestaciones ininterrumpidas y desoladoras detrás de las que se escondían, la mayoría de las veces, el egoísmo del beneficio o la intención de explotar a otro. Incluso en sus cinco últimos años, cuando se acercaba a su sexagésimo aniversario y vivía entre su familia con tres hijos que son hoy seres sanos, inteligentes, de libre pensamiento y que eran toda su alegría, eran muchos los jóvenes y bellas damas que querían venir a Lindheim a cualquier precio, a este silencio y recogimiento, para trabajar con mi marido. Como mi marido no me ocultaba ninguna carta, nos reíamos de aquéllo de buena gana y el gran “servidor de las damas” les explicaba con toda su cortesía la imposibilidad en que se encontraba de poder ocuparse de ellas por mucho tiempo. Todo aquél que se creía con un talento se apresuraba a enviarle por correo ensayos y cuando mi marido no conseguía ayudarlos en la búsqueda de un editor y, salvo raras excepciones,

hacerles conseguir la fortuna y la gloria, se revolvían contra él y lo calumniaban tanto en público como en privado. Sacher Masoch nunca dejó, sin embargo, a pesar de todas sus decepciones, de ayudar a la gente, de asistirle, de promocionarla, incluso al precio de sacrificios personales. A pesar de todos los disgustos que padeció, de todos los dolores, de momentos penosos y amargos, fue siempre ese trabajador infatigable que, no solamente nunca bajó la guardia, sino que al contrario no dejaba de proseguir con tenacidad, con la más extrema energía, su lucha contra un destino odioso.

En 1859, Sacher Masoch partió como oficial voluntario a la guerra, a Italia, y en Magenta fue herido de bayoneta en un brazo. Marchó a Dinamarca en 1864, y después fue a Bohemia en 1866. Sus dos hermanos se habían igualmente incorporado a filas, pero no llegaron a intervenir, pues la guerra había finalizado. Aún tengo una carta del viejo consejero donde escribe: “Vamos a ver al fin qué espíritu reina en esa casa”. Sacher Masoch recibió las distinciones al Valor militar y la medalla de guerra. Se casó una primera vez con Aurora Rümelin. Para él, ese matrimonio fue una desgracia. Siempre se sintió atraído por aquel verdadero marjal que era Graz y que se le hizo no solamente invivible a ojos de sus amigos y de los que le querían bien, como me dijo su último hermano vivo, sino que además le debilitaba mucho físicamente. Se instaló en Brück después de haber permanecido algún tiempo en Viena. Cedió después de muchos años a la insistencia de su mujer, y regresó a Graz.

En 1880 se instaló en Budapest para dirigir un periódico y hacer representar su opereta *Die Wächter der Moral* –Los guardianes de la moral–; había concebido el libreto a partir de una de sus *Historias de la corte de Viena*, relato cuyo título es *Die Keuschheitskommission* –La comisión para la casti-

dad. Abandonó Budapest para instalarse en un pequeño pueblo cerca de Passau donde emprendió negociaciones para crear un periódico que, en efecto, vio la luz el 1º de octubre de 1881 con la mancheta *Auf der Höhe –En el punto de mira*. Ese periódico le hubiese asegurado los ingresos suficientes si su mujer no hubiera hecho imposible, una vez más, el proyecto, tal como me lo aseguró el editor. Yo entré en 1882 en la redacción, en calidad de traductora, y le di así a su mujer la ocasión de poder cumplir con sus deberes domésticos y dedicarse a los hijos. El señor Armand R., de hecho Armand Rosenthal, se las daba de joven rico y eso le favorecía para ser un amigo privilegiado de la mujer del gran escritor –pues Sacher Masoch gozaba en París de una reputación considerable–, y cuyos relatos habían aparecido en la *Revue des Deux Mondes*. Rosenthal siempre tenía dinero, aunque las fuentes nunca eran conocidas. Todo el mundo se dejaba engañar, menos yo. Después de dos o tres meses, fue provocada una escena para conseguir mi despido, porque “yo era demasiado astuta para el señor Armand”.

Yo le había reprochado –entre otras cosas– haber copiado de nuevo, y abreviado de manera muy desafortunada, un artículo de Sacher Masoch aparecido en la *Revue des Deux Mondes* acerca de Albrecht Durer, sobre el que había hecho estudios profundos en Nuremberg. A pesar de mis advertencias, Sacher Masoch no quería creer en la deshonestidad de Rosenthal hasta que, finalmente, se hundió el frágil edificio de la mentira y el engaño. Sacher Masoch se separó de su mujer oficialmente, pero de hecho, ya hacía mucho tiempo que había adquirido otra casa y se había llevado con él a su hijo mayor. Sería demasiado largo enumerar aquí todos los golpes del destino que hubieran acabado con cualquier otro que no fuese él. Cuando finalmente su mujer desapareció con su amante, se descubrieron muchísimas deudas que

habían sido hechas en su nombre. La *Revue* cambió de editor para evitar la quiebra y continuó dirigiéndola durante largo tiempo, lo que supuso que pudiese hacerse de manera honorable. Armand se había comprometido a depositar 1400 marcos mensuales, pero esas sumas nunca fueron entregadas. Los embargos se sucedieron; incluso el día que murió su hijo, el ejecutor judicial entró en la casa para proceder a nuevos embargos. Durante un año, me mantuve alejada de él, poco después volvimos a relacionarnos y ya no nos separamos. En el otoño de 1886 compré en Landheim una casa de campo muy sencilla, con un gran jardín que más parecía un bosque, toda vez que incluía una parte boscosa y vestigios históricos.

En 1887, fue a París para explicarse con su mujer y Armand, y yo lo seguí con los niños. También allí no hubo más que intrigas y vanas promesas; gracias al nombre de mi marido, Armand se encontró un trabajo en el *Figaro* y mi marido fue de nuevo, con su grandeza de alma, su víctima. Aunque se tenía por pesimista en el sentido de Schopenhauer, era en realidad un gran optimista, siempre dispuesto a no pensar más que en el bien de las personas, no dejaba de creerlas y de confiar en ellas. En 1890, partimos para Mannheim donde mi marido fundó un periódico.

Divergencias con el editor y las crisis nerviosas debidas a su actividad de crítico teatral, que dañaban su salud que penosamente cuidó en Landheim, lo llevaron a renunciar a esas funciones.

Sacher Masoch era una naturaleza muy distinguida. Cuando Karl Spitteler lo visitó en 1884, en el momento de su peor abatimiento, en un modesto piso de tres piezas sumariamente amueblado porque todo estaba bajo embargo, sacó esta impresión de Masoch: era “un gran señor”. Tenía un comportamiento atento y deferente, lo mismo con las mujeres

que con los hombres. Cuando lo conocí, hablaba el dialecto austriaco, pero acabó por usar conmigo el alemán más puro. Nunca he oído de sus labios una palabra ambigua, una blasfemia o un juramento a pesar de su carácter apasionado, y creo que sería difícil encontrar algo así en sus escritos. Le era extremadamente difícil frecuentar las amistades masculinas porque no bebía, no jugaba, pero en cambio era un “conversador” brillante que detestaba las procacidades. Yo nunca le oí decir las. Prefería las compañías mixtas, porque la presencia de las damas las prohibían. Le reprochaban y afirmaban que estaba demasiado dominado por su mujer para atreverse a salir solo. Bastaba con verlo por la noche sentado en un viejo sillón, contándole a nuestros tres hijos cuentos y leyendas, uno en cada brazo del sillón, el tercero sobre sus rodillas, o cuando interpretaba grandes tragedias con el teatro de marionetas. Había que verlo jugando con ellos al aro, a la pelota, a instalarle pequeñas habitaciones, feliz de verlos bailar cuando yo me ponía al piano; no, un hombre tan sencillo no puede ser un carácter corrompido. Aquí, lejos de todos esos elementos que antes le habían influenciado para su desgracia, caen todas las escorias y una naturaleza delicada, tierna, la que conformaba el corazón de su ser, sale al fin a la luz. Cuando lo conocí, tenía cuarenta y seis años. A esta edad, el carácter está formado, es imposible que una naturaleza nueva aparezca en ese momento y sólo el meollo mismo del ser puede salir, puro y brillante, de su mancillada envoltura.

Fue una nodriza rutena la que le dio su primer alimento, estuvo tres años cerca de él y es muy posible que fuese ella la que depositó en él el germen de su amor por el pueblo. En los tres últimos años de su existencia, se volvió nuevamente hacia el pueblo con el cual siempre había mantenido lazos de simpatía. Fundó bibliotecas, asociaciones para la cultura

popular y el secretario general competente en estas cuestiones en Berlín, el señor Tews, las declaró ejemplares, habida cuenta de sus orientaciones y de su estatus. Consiguió, también, que Lindheim fuera el primer pueblo de todo el Bajo-Hessen en el que se instalaran canalizaciones de agua, y, como consecuencia de ello, muchos pueblos y comunas del Alto-Hessen siguieron aquel ejemplo y, en la actualidad, un extraordinario colector de aguas está en vías de realización en las comunas que rodean Butzbach. Cuando –hace poco tiempo– dije en una reunión del consejo cantonal a su presidente que nadie continuaría la obra de mi marido, permaneció un momento en silencio y me respondió a continuación: “Fue demasiado adelantado y no vivió el tiempo suficiente.”

Yo conocí a ese hombre, mis hijos lo amaron, el pueblo lo conoció y, aún hoy, su nombre es estimado y venerado. Las palabras del rey Lear están hechas para él: *“I am a man, more sinned against than sinning”*, “Soy un hombre contra el cual han pecado más de lo que él mismo ha pecado”.

Sacher Masoch murió el 5 de marzo de 1895 de una larga enfermedad cardíaca. Cuando estaba en París, comenzó a publicar los recuerdos de su vida. Quedaron incompletos y tan poco avanzados que es imposible acabarlos. En el fondo, nosotros sabemos pocas cosas uno del otro, incluso en la vida común más íntima, hay rincones de nuestra alma que permanecen cerrados al otro.